

LA PALABRA BONITA

elisa gabbert

traducido por Esther Cruz Santaella

Datos personales

Notas sobre el uso del cuaderno de notas

Los hábitos de quienes nos dedicamos a escribir no surgen sin más: los cultivamos. Primero, reflejan aspiraciones y más adelante, supersticiones. Hace años, cuando estudiaba el posgrado, me fijé en cómo algunas de mis amistades poetas sacaban un cuadernito del bolsillo de la chaqueta o del bolso, con gesto indiferente pero decidido, y anotaban algo. Me fijé como quien repara en la manera de fumar de alguien: el glamur del gesto, el ademán nada personal sino referencial... Algo así te alinea con una tradición. Empecé a usar cuadernos de notas para poder ser una escritora que usa cuaderno de notas.

Mis cuadernos no son diarios porque no tienen indicaciones de fecha. Fechar las entradas impondría una estructura al contenido de la escritura, un sentido de continuidad y de narración. Lo que mis cuadernos capturan

son pensamientos, no hechos; se trata de cuadernos líricos. Seguro que estaría teniendo esos pensamientos igual, pero ahora los escribo, y a sabiendas de que quizá así los esté alterando sin remedio. Antes de poder escribir un pensamiento, este ha de convertirse en una oración, en un objeto con forma. Cuando tenía siete u ocho años, le confesé a mi madre que no podía parar de narrarme mi propia vida a mí misma; creía que eso significaba que estaba loca. No, me respondió, significa que eres escritora. Desde entonces me he acostumbrado a eso, a esa capa del lenguaje a modo de comentario simultáneo entre mi experiencia directa y el registro externo de ella.

No hace mucho noté la necesidad imperiosa de escribir, pero carecía de un material imperiosamente necesario, así que repasé unos cuadernos viejos y me encontré con una página arrancada de uno y metida en otro. Decía, en boli azul:

- Apoyos
- Repasar polvos, usar pintalabios
- Jugar con vino
- ¿Dibujar? ¿Tomar notas?
- Mirar libros
- ¡Crucigrama!

Los ojos se me fueron primero a «Jugar con vino». ¿Jugar con vino? Ah, sí: con la copa de vino. Lo hago siempre cenando. Le doy vueltas al tallo.

La lista, claro, era de nuestra obra. Hace unos años ayudé a montar una obra de teatro, *El oficiante del duelo*, de Wallace Shawn. Mi marido, John, y yo nos pasamos un año ensayándola con nuestro amigo Aaron, y luego la representamos en los salones de las casas de amistades comunes. El personaje de Aaron tenía una serie de monólogos largos, dirigidos al público, durante los que yo me quedaba sentada en silencio a su lado, medio escuchando. Esa lista era una serie de cosas que podía hacer yo, Judy (mi personaje), mientras él hablaba: distracciones menores que resultaban plausibles y naturales y que evitaban que pareciese aburrida hasta que llegara el pie para mi siguiente intervención. Las exclamaciones en «crucigrama» son un «¡ajá!»; creí haber dado con el apoyo perfecto, algo intelectual pero no demasiado arduo, a lo que podía prestar atención o sólo fingir que lo hacía, según lo pidiese el momento.

En ese cuaderno hay muy poco más. Se trata de un cuaderno curioso, con las páginas blancas, sin rayas, y un dibujo entretenido de hojas de árboles rodeando los bordes. Tiene un diseño de árboles blancos desnudos en la cubierta y en el lomo especifica un superfluo DIARIO. No recuerdo haberlo comprado ni haberlo recibido. Me gustan los árboles, pero echo de menos las rayas; mi escritura ahí dentro no tiene ancla, está en diagonal. Hay una breve lista de palabras favoritas («asombroso», «inescrutable», «chiffonade»), más notas para Judy: «Muestra primero amor; luego, desprecio». «Judy puede resultar demasiado astuta, añade miedo». De nuevo, en la página siguiente, la palabra «amor» entrecomillada y «Opta por el amor, no tires de la emoción

obvia» (esto fue un consejo de Aaron; mi Judy estaría quedando fría).

A continuación, unas diez páginas de notas para un ensayo sobre el texto *Heroines*, de Kate Zambreno: «El espacio entre párrafos introduce un espacio poético, unas sinapsis» (parte del encanto del cuaderno es que no está editado; espero que ese tautológico doble «espacio» no llegara al ensayo publicado). El resto del cuaderno —un noventa y cinco por ciento— está en blanco. Una sinapsis llevada hasta su extremo lógico. Los cuadernos consiguen muchísimo de lo que intenta lograr la poesía, pero de forma natural: empiezan y terminan arbitrariamente, *in medias res*. Correcciones precocinadas con una espontaneidad distraída, abstracciones esparcidas entre los detalles. Profundidad fragmentaria. Nada de cierres forzados. Las epifanías caen donde sea.

Este cuaderno estaba colocado en mi mesa junto a otro que mi jefe me había traído de Japón, con el dibujo de una geisha y un gato en la cubierta. ¿Es para niños? La cultura *kawaii*, que antepone la monería a la belleza, hace difícil responder a eso. Este sí tiene rayas, pero hay flores de cerezo de color rosa claro repartidas entre los renglones, y al principio de cada página están las letras D L T M J V S, instándome a que lleve un diario. Si alguna vez he escrito en este cuaderno, esas páginas están ya arrancadas y en la basura. La palabra que se me viene a la mente es «destruido». Un cuaderno con pinta de barato abarata los pensamientos que contiene (Charles Simic escribió una vez, mientras argumentaba en contra de usar los móviles para tomar notas:

«Si tienes la necesidad de anotar un pensamiento completo, un cuaderno hermoso le dará más clase»). Raramente compro cuadernos de notas. Aparecen sin más, como reliquias de tiendas de regalos, y luego no soy capaz de comprometerme con ellos; se marchitan, abandonados, en su mayoría vacíos. Debería invertir en cuadernos decentes, como estrategia, para así usarlos más a menudo.

Leí en un libro de divulgación científica titulado *¿Cómo aprendemos?* que tanto la resolución de problemas complejos como los proyectos creativos funcionan mejor si se empiezan lo antes posible y se interrumpen con la mayor frecuencia posible. Comenzar un proyecto, aunque sólo sea tomando notas, pone el cerebro en una especie de modo abierto, en el que todo parece tener relevancia para ese proyecto; todo te aporta información. Cuando estás en modo abierto, el trabajo se desarrolla aunque no estés «trabajando» activamente. De hecho, todas las evidencias sugieren que los mejores trabajos te salen cuando no estás en ello. Habrá quien lo haya experimentado al intentar solucionar un problema: te devanas los sesos con el tema en cuestión hasta que claudicas y entonces te viene una epifanía mientras estás con algún videojuego. En muchos aspectos, la mente inconsciente es más lista, y más creativa, que la consciente.

Incluso antes de leer esta idea, por intuición sabía que era verdad. Cuando me siento a intentar que se me ocurran buenos versos, me salen forzados. Sin embargo, cuando mi mente divaga, estando tumbada en la cama, de paseo o en

alguna lectura poética, los buenos versos llegan sin más, como venidos de otra cabeza. Ahí es cuando necesito tener a mano un cuaderno, para registrar esos pensamientos repentinos; son casi compulsivos. Me harán falta después, cuando llegue el momento de hacer la parte consciente y deliberada del trabajo. Los corregiré y los juntaré como un *collage*, haciendo un montaje con mis propios pensamientos (jóvenes que escribís, una advertencia: cuando te haces mayor, tu musa se muere y ya sólo aparece, en plan *poltergeist*, durante unos minutos seguidos cada vez). Tengo que actuar rápido con ellos: las notas tienen una vida media breve y, en cuestión de meses, se convierten en una cosa curiosa, en su mayoría inútil.

Sí que compré el cuaderno de notas que llevo en el bolso, un Moleskine muy pequeño de color verde brillante que tengo desde hace dos o tres años. Las primeras páginas están ocupadas con versiones tempranas de unos versos que acabaron en un poemario basado en Judy. Muchos de ellos recuerdo estar garabateándolos durante lecturas poéticas; ahora, de forma preventiva, saco el cuaderno y el boli antes de que empiece cualquier lectura. En una página aparece el nombre de un cuadro que vi en el Getty Museum de Los Ángeles: *Van Tromp, en ruta a complacer a sus Señores, Buques en el Mar, recibe una Buena Mojadura* (la pintura no me impactó, sólo el título; se conserva aquí el uso idiosincrásico de las mayúsculas del artista). Hay un poema que escribí del tirón, en su forma casi definitiva, en la sala de espera de unas urgencias; fue durante una de esas experiencias

muy raras ya: una visita íntegra de la musa. Dos frases rocambolescas entrecomilladas que debo de haber oído decir a algún poeta: «alcoba ecolocativa», «manteca de tacto». Una pregunta: «¿Cómo puede ser malo el arte?» (es algo que me planteo a menudo, aunque la mayoría del arte me parezca malo).

Unas páginas después: «Un diario no versa sobre el yo, es para el yo». Los cuadernos convierten al yo en otro, lo hacen exótico. Este sentimiento se tradujo en un poema de Judy: «Cuando leo entradas antiguas de mi diario / es fácil imaginar que las escribió / otra persona, otra / a la que le he tomado cariño». A decir verdad, estas anotaciones me resultan extrañas, nada familiares, aunque el cuaderno no sea aún lo bastante viejo para que les haya tomado cariño a mis pensamientos; todavía recuerdo incluso dónde estaba cuando los escribí. Necesito más distancia, la distancia que tengo con mis exámenes de cálculo de secundaria (¿cómo podía saberme todas esas cosas?), con los trabajos de filosofía que hice en la universidad; no guardo recuerdos de escribir esas frases, esos argumentos, pero suenan a míos. Solía contarle orgullosa a la gente que no cambió mucho, pero ya no estoy segura de que eso sea algo de lo que enorgullecerse.

En su autobiografía, *I Can Give You Anything But Love*, Gary Indiana sugiere que leer viejos cuadernos de notas le hace conservar la humildad: «Si anotas cosas con el mismo caos que yo, al final ves que ya has escrito, meses o años antes, cualquier idea “nueva” que se te ocurra: en líneas

generales, es un hallazgo desmoralizante».² Esto me recuerda a cuando John —que está perdiendo el oído— repite una broma o un comentario que otra persona acaba de hacer en la misma habitación, como si fuera suyo propio. Lo ha oído, pero con trabajo y un poco después del hecho en sí; su mente tarda más en procesar los sonidos amortiguados y comprimidos y en entenderlos como lenguaje. Una vez unidas las piezas, la broma o el comentario se le ocurren a John como un pensamiento original. Es una manera que tenemos de engañarnos: confundimos lo familiar con lo que merece la pena.

Joan Didion escribió, en ese clásico de los ensayos sobre el uso de cuadernos de notas que es «Sobre tener un cuaderno de notas»: «Dado que la nota está en mi cuaderno, se supone que tiene algún significado para mí». Pero ¿qué significado? Los años lo oscurecen. Una teoría: conservamos los cuadernos viejos con la expectativa de perder acceso a significados superfluos. Deseamos que los detalles se conviertan en datos puros. Mientras despejábamos la habitación de mi abuela, un par de días después de que muriese, mi madre y yo encontramos una bolsa de plástico con objetos personales, frágiles y delicados, que habían pertenecido a su padre, el primer marido de mi abuela, fallecido en 1956. Mi madre tenía seis años entonces y apenas lo recuerda. Un monedero negro, con tarjetas y fotos (una de mi tío,

2 Todas las referencias, citas y menciones que aparecen en estos ensayos se recogen en versión de la traductora del libro, salvo las que tienen como original textos ya escritos en español.

el hermano mayor de mi madre, pero de ella ninguna). Algunos recibos y documentos viejos, plegados y desgastados. Un objeto plano y redondo que acabamos por identificar como un abrebotellas, oxidado, imposible de abrir. ¿Qué significado había ahí? Pese a que mi abuelo tenía mi misma sangre, no pienso en él como en alguien vinculado a mí. Mi madre nunca había visto ninguna de esas cosas.

Más nombres de cuadros, de una retrospectiva del siglo xx en el Denver Art Museum:

- El luminoso desayuno de Minnie
- Autorretrato con mono
- George fue a nadar a Barnes Hole, pero hacía demasiado frío
- El simulacro transparente de la falsa imagen
- Dinamismo de un perro con correa³

En esta exposición, de repente, vi la luz: odio el expresionismo abstracto, odio su toque kitsch, como de culto («Parecen cuadros de hoteles», escribí en el cuaderno verde. «¿A quién le importan tus sentimientos?»). En una reseña sobre Robert Rauschenberg publicada en *The New York Times* se contaba lo siguiente: «Rauschenberg escribía

3 Los títulos en español de dos de estos cuadros quizá no sean muy conocidos, por lo que se hace difícil localizarlos sin conocer el original. Se trata de las obras *The Bright Breakfast of Minnie*, de Marsden Hartley, y *George Went Swimming at Barnes Hole, but It Got Too Cold*, de Joan Mitchell.

principalmente a lápiz, a menudo en un bloc de notas amarillo con rayas, en unas letras mayúsculas que sugieren lo arduo que le resultaba escribir —era disléxico y se diría que tenía complejo por ello—, pero también lo gráficas y cuidadas en su aspecto que eran incluso las anotaciones privadas y los comentarios que se dejaba a sí mismo. Se percibe su destreza para la disposición hasta cuando escribe una postal».

Es algo que me resulta vagamente desagradable (¡menudo narcisismo! ¡Y encima lo aclamamos! ¡Oh, el glorioso narcisismo del hombre artista!), aunque tampoco es que yo esté por encima de la vanidad del cuaderno de notas. No me gusta la letra caótica de mi caligrafía en el cuaderno verde; es tan pequeño que no me queda espacio para apoyar la mano y las letras salen dispares, imposibles de entender. Me recuerdan a la caligrafía de mi padre, muy puntiaguda y sin bucles, como la línea trazada por un electroencefalógrafo. Sólo hay dos dibujos en el cuaderno: un hombrecillo feo y protuberante bocetado de cualquier manera por Aaron, durante algún ensayo, y el esquema de un plano, un apartamento que vimos pero que no nos quedamos. De ese sitio recuerdo los azulejos blancos y negros de la cocina, con un diseño intrincado de estilo antiguo, aunque no los dibujé. Por mucho que mis recuerdos sean visuales, tridimensionales como el mundo, mis notas son sólo verbales. Relleno el contexto al leerlas.

Siempre he creído que el carácter secreto de los diarios es pretendido; con sus confesiones desnudas, parecen diseñados

para que otra persona los descubra y los lea, al contrario que los cuadernos de notas, que están codificados y a menudo son impenetrables para gente ajena. Sin embargo, cuanto más leo el cuaderno verde, más aparentes son para mí sus rasgos de diario. Pese a no tener marcas de fecha evidentes, las notas están repletas de tiempo y de espacio. Cuando recuerdo dónde estaba mientras las escribía, incluso las tonterías me resultan emotivas.

Hay un montón de citas con la fecha y la dirección incluidas, todas para John; aquel fue el año en el que probó médicos nuevos sin parar. Un año tristísimo, ¿y no intentan siempre los escritores mitigar su tristeza escribiendo? Creo, quizá ingenuamente, que las mejores creaciones artísticas surgen del dolor; son nuestro premio de consolación. Hay listas de términos médicos y medicaciones de la clínica de Los Ángeles:

- Insuficiencia vertebrobasilar
- EEG
- Vimpat

Más preguntas provocadas por lecturas poéticas: «¿Por qué romantizamos las salidas de incendios?» (y justo debajo, un cambio: «Es igual, tiene sentido»). «¿Puede una persona reconocer a un genio sin serlo?».

Más títulos de cuadros, esta vez de una exposición de grabados contemporáneos en madera: *31 sabores invaden Japón* (lo busco en Google; en este caso, lo que me gusta es la obra, no el título).

Una lista de cosas que un apartamento debe tener y no tener, aunque nunca nos mudamos:

- Habitación para escritorios y libros

(John también es escritor; nuestro principal activo son los libros).

- Escaleras / techos

(¿Sin escaleras? ¿Techos altos? John es alto y va mareado a menudo).

Direcciones de correo electrónico, gente a la que conocí en lecturas o fiestas y con la que nunca me puse en contacto. Libros que me recomendaron y nunca leí.

Notas privadas que John me pasó en público, en lecturas o charlas sobre arte, en vez de susurrarme:

El colega de mi izquierda se parece a Kenny Rogers.

¿Podemos irnos directos a la puerta de atrás cuando acaba esto?

¿Esto de qué va?

Versos tachados de poesías fallidas, muy a menudo concebidos durante esa fase introspectiva y autocomplaciente de la bebida.

Un pedido complejo en el tailandés de comida para llevar.